

Viko Ndiyi: “La Fiesta de los Muertos” . Señales, reencuentros y ofrendas rituales entre los mixtecos

Héctor Adrián Reyes García
Universidad Autónoma de la Ciudad de México

RESUMEN

En razón de una serie de datos etnográficos, se enuncian las brechas que caracterizan la celebración de Todos Santos en la Mixteca Alta. Al partir de las ideas generadas sobre el regreso de los muertos, se analiza la *eficacia simbólica* de la tríada cuerpo-alma-muerte. Desde el terreno analítico-descriptivo, se habla de las señales que anuncian la muerte, de los rituales funerarios, de las apariciones y del reencuentro con los muertos, de las transformaciones que sufren los hogares y las ofrendas a lo largo de la celebración, de los rituales ejecutados en la iglesia y el panteón comunal, así como de los lazos de compadrazgo que se gestan en la culminación del ciclo ceremonial. Este artículo intenta mostrar las particularidades que los mixtecos le imprimen a la conceptualización que ellos mismos han formulado de la muerte.

Palabras clave: Mixteca Alta, rituales funerarios, fiesta de los muertos, ofrendas rituales, cuerpo, alma.

ABSTRACT

Tracing ethnographic data, it points out gaps in the celebration of All Saints Days in the Mixteca Alta. Based on the belief in the return of the dead, it analyzes the effectiveness of the symbolic body-soul-death triad. From the analytical-descriptive field it discusses signs that herald death, burial rituals, apparitions and reunion with the dead, the transformations of households, and offerings made throughout the celebration, rituals performed in the church and community cemetery, and ties between *compadres* that develop at the culmination of the ceremonial cycle. This article attempts to show the particular features that the Mixtecs contribute to the conceptualization that they have made of death.

Keywords: Mixteca Alta, funerary rituals, Day of the Dead, ritual offerings, body, soul.

I

La transición de la vida a la muerte ha llamado la atención de muchos. El mundo es complejo, pero aumenta su finitud cuando se trata de explorar las vertientes que los seres humanos han buscado en cuanto a la explicación del mundo y su relación con él: ¿qué pasa después de la muerte?, ¿a dónde se dirige el alma?, ¿cuál es la relación entre muertos y vivos? Son las incógnitas que aparecen cuando se escuchan relatos sobre apariciones, o bien cuando muere una persona, en un funeral o en la celebración a los muertos. Las posibles respuestas destacan en el trajín de la vida cotidiana y en el pensamiento cognoscitivo de los sujetos respecto a la realidad. Es decir, la explicación al porqué de la vida y la muerte se encuentra en un tipo de pensamiento lógico que mira la realidad desde sus propiedades sensibles y sus relaciones significativas.

Con base en el anclaje lévi-straussiano, los constructos que se elaboran sobre la vida y la muerte ilustran uno de los preceptos de mayor impacto en la antropología: el que afirma que la mente humana organiza el mundo a partir de pares opuestos (Lévi-Strauss, 1995). De aquí parte este escrito. No hablo de la muerte como el fin de los vivos, sino como la *construcción simbólica* de un suceso ineludible que lleva a los involucrados a un espacio no muy distinto al cotidiano. A la muerte se le venera, se le respeta e incluso se le teme, pero se le concibe como algo familiar. Se sabe “que es una ley bien tirana y no hay quien la haga variar, que toda la raza humana al panteón ha de ir a dar” (Scheffler, 1999: 58). A todos nos tocará: en algún momento llegaremos a la “caja” y sobre ella resulta interesante hablar. Ante la muerte los seres humanos conocen su finitud y lo efímero de su existencia (Fagetti, 2007). Con ella se gesta un discurso simbólico que va del accionar significativo al comunicativo. En el primero los sujetos se dan cuenta de su sentido en el mundo respecto al de los muertos, y en el segundo se gestan las bases intercambiables entre un espacio y otro. El referéndum simbólico construido por los sujetos ante la muerte se expresa en patrones complejos: en el cuerpo animado y el inerte o en las señales, rituales u ofrendas realizadas en cualquier rincón del país que recuerda a sus muertos. En el presente estudio exploraré los referentes simbólicos que surgen respecto a la muerte, desde las señales que llevan al acto mortuario hasta la celebración a los fieles difuntos, en el marco de un corpus etnográfico proporcionado en este caso por las descripciones y relatos que extraje de algunos municipios de la Mixteca Alta: Santa Catarina Yosonotú, San Miguel el Grande y Chalcatongo de Hidalgo.¹ Por

¹ Los tres espacios que protagonizan el manuscrito se ubican en el distrito de Tlaxiaco. Sumado a Coixtlahuaca, Nochixtlán y Teposcolula, conforman los cuatro distritos de la Mixteca Alta.

tal motivo comencé por enunciar la tendencia teórica que girará en este manuscrito. Ahora, desde la multiplicidad simbólica, reconstruiré los fragmentos etnográficos que hacen los mixtecos en cuanto a la muerte.

II

Las semanas de octubre se van consumando y con ellas regresa un gran número de mariposas para recordarle a los mixtecos que el reencuentro con sus muertos está por llegar. El alma se materializa en esos pequeños seres que iluminan los rincones del municipio con destellos blancos y amarillos. Las mariposas deambulan por cuanto espacio se les permita. Visitan los sitios por donde transitaron en vida a fin de que en los primeros días de noviembre regresen a sus casas a convivir con quienes los esperan. Todos conocen su significado. Algunos incluso identifican de quién se trata: al verlas reconocen a sus difuntos. Señalan con rapidez a la mariposa para indicar el nombre del muerto al que representa y dicen, por ejemplo: "Ahí está doña María, don Jacinto o don Isidro" (comunicación personal, Santa Catarina Yosonotú, noviembre de 2011).² La relación de reconocimiento elaborada por unos cuantos indica lo esperado: la futura muerte de quienes miran en las mariposas la corporalidad de quienes los han dejado. Aquel que materializa la personalidad de los muertos vive los últimos meses de su vida, y se cree que la capacidad de identificación alude al primer contacto de los vivos con el mundo de los muertos.

Que las mariposas simbolicen el alma y los mixtecos les tengan respeto me permite pensar que para ellos la muerte no determina el final de la existencia, pues hay algo que sobrevive al deceso físico: el alma, ese espíritu o *alter ego* identificado por quien está a punto de morir. Se reconoce esa señal, puesto que la *construcción simbólica* que hacen los mixtecos en cuanto a la muerte indica que aquélla los llevará a una vida prolongada, disuelta en los contactos individuales con los muertos en este mundo. De allí las narraciones sobre la llegada de los difuntos o las señales y augurios que en la Mixteca Alta aluden a la inmortalidad de las almas.

² A lo largo del documento aparecen testimonios y relatos que cito en extenso, tal y como fueron narrados; otros se presentan en fragmentos. De fácil acceso es la identificación de los mismos: las narraciones que no exceden las cinco líneas aparecen entrecomilladas en el cuerpo del texto, y las extensas entre los párrafos, a bando. En ambos formatos se indica entre paréntesis el nombre y apellido del entrevistado (cuando éste lo autorizó), el nombre del municipio donde obtuve la información y la fecha (mes y año).

Me fui a trabajar al corte de caña, por Veracruz, y regresé el día de la vigilia [31 de octubre]. Llegué y no encontré a mi mamá. Me dijeron que se había ido a la casa de uno de mis primos a pedir ayuda para sacrificar un chivo, para la comida de las almas. Entonces fui a verla para ayudarla. De regreso se nos hizo de noche, pero con luna llena, y al pasar por el río, cerca de Tixique [paraje de Yucunicuca de Hidalgo, agencia de Yosonotú], distinguí una fila de personas, todas vestidas de blanco. ¡Que me paro a esperarlas para ver quién era y nada que llegaban! Porque ahí tenían que pasar, porque es el único camino y no hay otro. Después seguí caminando con mi mamá y volteamos otra vez y volví a ver la fila de personas de blanco. Escuché que se despiden: “Ya me voy y nos vemos mañana, voy a ver si están haciendo Todos Santos. También vamos a ver la casa, a ver qué hacen” [decían las personas]. Que nos escondemos en la milpa y esperábamos que pasaran y de nuevo nada. Así llegamos hasta la casa, viendo de lejos a la gente y escuchando sus voces, pero no vimos nada (Hilario López, Santa Catarina Yosonotú, noviembre de 2012).

Ajustadas al contexto, historias similares se escuchan por doquier. Los relatos son múltiples y en cada poblado existe espacio para ellos. El alma no sólo enuncia el reencuentro con los muertos: también impulsa a los individuos a reconocer e identificar la fragmentación individual que los seres humanos resguardan consigo mismos (Fagetti, 1999). Con las concepciones en torno a la muerte, los sujetos le apuestan a una simbolización compleja; corroboran que el cuerpo humano no sólo es un conjunto de órganos, un estuche o una envoltura. Al contrario, es el *locus* que mediante sus propiedades, partes y fluidos es capaz de entablar relaciones de intercambio con los seres humanos y con otros planos del universo cosmológico, como el contacto con el alma de los muertos mediante el accionar ritual (Olavarría, 2007: 22).

Con la muerte física el ciclo de vida no termina: promueve un camino que encuentra refugio en el mundo natural. La naturaleza emprende las bases que anuncian la vinculación del alma con el más allá. Por ejemplo, encontrarse con el *guako*, ave de color azul parecida a un gavián; escuchar el relincho y el galope de un caballo (cuando en los municipios no los hay); el chillido de un coyote; el tecolote que se coloca en las ramas de los árboles para cantar y hablarle a quien atendió su aullido: “Dice *kuro*; cuando dice *kuro* quiere decir te vas a morir” (Alfredo Sánchez, San Miguel el Grande, mayo de 2010), o bien toparse con un zopilote, sólo exterioriza las desgracias que acabarán con la vida de los mixtecos. Todo ello dibuja un proceso cognitivo donde el objeto (relinchos, chillidos, animales, frases) le indican al sujeto qué ocurría con él o algún familiar. La señal marca lo esperado. Es decir, la muerte o la agonía de alguno de los involucrados:

Tengo una creencia. Si un coyote llora, de seguro se muere alguien de la familia. Yo conozco, porque enfrente de mi casa, hasta arriba, hay árboles. Entonces, el año pasado precisamente, vino ese coyote a llorar varias veces. Pero así, tristemente, como ladra un perro. Así pues que aúllan, como lamentándose. Entonces vino ese animal ahí. Dije yo, entre mí: "Pues alguien se va a morir", y como a los 15 o 20 días se murió mi tío y hasta la fecha siguen muriendo. Por eso sé que es una señal mala. También hay mal agüero si se encuentra uno con un pájaro azul que haga mucho ruido. Eso anuncia que algo va a pasar: pleitos, accidentes o hasta muertes (Serafin Ramírez, San Miguel el Grande, mayo de 2010).

La señal se evidencia y, con ello, el inicio de una vida que se despoja del cuerpo físico para convertirse en cuerpo sutil. En otras palabras, en la entidad invisible, impalpable y etérea que estructura una unidad única: el alma o espíritu. Entre los habitantes de esta comunidad es conocido que tras un año los muertos andan por el mundo recogiendo los pasos que dejaron en vida. Antes de ello los vivos veneran la corporalidad que se queda en la tierra y el espíritu que desciende a un sitio desconocido. En los funerales la estructura simbólica vibra por doquier. Cada acto cobra sentido en el accionar mixteco. Se revisten de importancia la colocación del muerto en el ataúd, sus ajuares y el camino del hogar del difunto al panteón. A los difuntos se les debe vestir unos minutos después del deceso, porque es el momento exacto en que el espíritu se separa del cuerpo. De lo contrario el alma tomaría un aspecto desagradable: se lamentaría de la falta de atención que en su muerte tuvieron los vivos. Datos importantes surgen de su ajuar. Por ejemplo, resulta indispensable que al cuerpo se le pongan huaraches, pues con ellos la caminata hasta el más allá será accesible. En el féretro se depositan algunos objetos utilizados por el difunto, pues el cuerpo físico es el que se va, mientras que el espíritu emprende el camino y esquivando obstáculos para ascender al mundo de los muertos. De ahí que el alma cruce ríos, cuevas oscuras, montañas, etcétera.

La fragmentación etnográfica encuentra refugio en las direcciones que toma el cuerpo de los muertos. De acuerdo con los registros de Ubaldo López (2001), en el velatorio la cabeza del difunto se coloca hacia donde se oculta el sol. La intersección que marca el ocultamiento de la luz solar encuentra destino en el camino de los muertos. Por esa dirección se apaga la luz y llega la oscuridad.

Los mixtecos evitan dormir con la cabeza hacia donde se oculta el sol, pues es el camino por donde transitan los muertos. Cuando el cuerpo sale de la casa, los cargadores deben llevar el ataúd con los pies por delante, para que al final salga la cabeza. Es común que al difunto lo acompañe un gran número de familiares y amigos. En la velación

del cuerpo los rezanderos se encargan de anunciar lo que hizo el difunto en vida por el pueblo. Tras algunas alabanzas se destacan los cargos políticos del finado, sus aciertos y desaciertos, así como el trato o su comportamiento con la familia y las amistades.

La música de banda acompaña al difunto durante el funeral. De su casa a la iglesia los asistentes recitan plegarias y cantos religiosos. A lo largo del camino se hacen algunas paradas donde se da refresco, mezcal o cerveza. En todo momento se escucha la música de viento. En cada estancia, tras rezar un poco, se deja una flor para indicar la presencia del difunto. En épocas anteriores, según me comentaban en Yosonotú, en el lugar de la flor se colocaba una veladora, pero el acto lo prohibieron las autoridades, pues era hurtada por los brujos para hacer cualquier tipo de maldad. De vuelta a la orientación, la misa de cuerpo presente también posee sus particularidades. En la puerta de la iglesia primero entran o salen los pies y en seguida la cabeza. Con esa misma direccionalidad se entierra el cuerpo.³

Los criterios simbólicos que aparecen en estas concepciones llegan a tal grado que en Santa Catarina Yosonotú el panteón municipal se encuentra segmentado. Si se le mira de frente, la sección derecha se destina a los hombres y la izquierda, a las mujeres. Se dice que el panteón reproduce la estructura de la iglesia. De la misma manera, al verla de frente el campanario derecho, cuya longitud es mayor, alude al patrón del pueblo, y el izquierdo, que es una torre más delgada, a la patrona, con base en que la sección deriva de la relación hombre-mujer marcada por los santos patronos: el Señor de la Columna, un Cristo que escenifica una de las caídas que lo llevan a su crucifixión, y santa Catarina Mártir, una Virgen aparecida tiempo atrás, que el segundo viernes de cuaresma atrae a miles de peregrinos.

En Yosonotú la construcción de la iglesia municipal se relaciona con los cadáveres de algunos mixtecos. La edificación, culminada en 1891, alberga restos humanos en cada una de sus esquinas. Éstos sostienen la estructura del templo. En relación con ello, en la década de 1990 se encontraron algunos cadáveres a las afueras de la iglesias. De acuerdo con su posición, según me contaban, el cráneo apuntaba a la entrada principal de la iglesia, mientras que los pies señalaban uno de los accesos al municipio. Esto no es muy conocido, pero se dice que los cadáveres eran pequeños, quizá de algunos niños.

³ Alicia Barabas, Miguel Alberto Bartolomé y un grupo de colaboradores (2010: 212-214) reportan que en Santiago Mitlatongo, distrito de Teposcolula, se cree que el espíritu, en el momento del entierro, se dirige a la “cárcel del muerto”, una especie de adoratorio representado, en el cerro *Yuku kasa* o “donde viven los muertos”, por un montículo de pequeñas piedras. En él permanece hasta cumplir nueve días de su muerte (el novenario); de allí el alma sale de la cárcel para entrar a su nuevo hogar, en el cerro *Yuku kasa*.

III

Mi intención no consiste en descontextualizar la información presentada, si bien la evidencia de los cuerpos que sostienen la construcción del templo de Yasonotú me lleva a enunciar algunos datos etnohistóricos que describen los rituales funerarios de los antiguos mixtecos. Barbro Dahlgren (1990) señala que entre el siglo XVI y el XVII los gobernantes eran sepultados en la “cumbre de Cervantillos”, muy cerca del municipio de Chalcatongo de Hidalgo. En este sitio una cueva u oquedad representaba el panteón más importante de la Mixteca prehispánica.

Según las descripciones de fray Francisco de Burgoa (Dahlgren, 1990: 216-217), era un sitio amplio: había espacio para los cuerpos de los reyes mixtecos, lienzos e ídolos de metal, piedra verde o madera. Los destellos del sol sobrepasaban las cavidades de la cueva. Según Burgoa, la “complicidad” entre los resabios de luz y la oscuridad de la habitación permitían observar la fila de bloques rectangulares, donde se encontraba un gran número de cuerpos cubiertos con mantas de algodón, elegantes vestuarios, joyas, brazaletes, caretas y orejeras. En este sentido los rituales funerarios avalaban la jerarquía que tuvieron en vida los muertos. En las iglesias se enterraba a los sacerdotes. En la “cumbre de Cervantillos” se efectuaba el funeral de los caciques. En el mundo de los muertos éstos debían seguir con los lujos y honores gozados en vida. Por eso, durante el acto mortuorio un esclavo tomaba el papel del difunto: vestido con los ajuares del muerto, se le hablaba y se le obsequiaban objetos. Pasada la medianoche el cuerpo es enterrado junto con el esclavo y otro grupo de personas, entre mujeres, borrachos y esclavos, que eran ahogados para acompañar al cacique en su otra vida.

Los rezagos etnohistóricos se hacen presentes con rapidez, pero ¿qué pasa con el festejo a los muertos? o ¿cómo es el contacto entre vivos y muertos?

IV

Los difuntos son enterrados y así surge lo esperado: la celebración ofrecida por los vivos a quienes los han dejado. En la Mixteca Alta la *viko ndiyi* o “fiesta de los muertos” es todo un acontecimiento. Se trata de uno de los eventos más importantes que reúnen a propios y extraños, migrantes y radicados. Quienes viven a las afueras regresan a su lugar de origen para festejar con la familia.

El 30 de octubre los dueños de animales sacrifican una cabra o una res, y los que no, acuden a la plaza a comprar la carne que será ofrendada. El centro municipal se

transforma en una zona comercial, donde se encuentra lo necesario para recibir a los muertos y a quienes los visitan. En la Mixteca Alta no se escatima en gastos. Aquel que se arrepiente del monto económico, o bien que no prepara los platillos con voluntad o no cumple con los ritos necesarios resulta castigado. Las ánimas se molestan: tiran los platos o las frutas del altar. Incluso algunos guisos no obtienen el resultado esperado.

Cuando se compra lo necesario es momento de regresar a la casa para adornar la entrada principal y la mesa donde se colocará la ofrenda. Un par de carrizos le dan forma a un arco, adornado con pequeños ramos de flor de cempasúchil y cresta de gallo; a otros más se le cuelga fruta y pan de muerto. Se limpia el sitio en que se pondrá el altar. Después, en un petate situado en la pared, se acomodan las fotografías de los difuntos y algunas imágenes religiosas. Cuando la mesa está lista se coloca el arco. Así los altares se transforman a lo largo de los días. En las mañanas se ofrenda pan y café; en las tardes comida, fruta, refresco, mezcal y cerveza; en la noche, una vez más, se pone café y pan.

Quien coloca los primeros alimentos se encarga de recitar unas palabras, según la creatividad y la experiencia de cada persona. “Por si ya llegaron, reciban una bebida. Disculpen lo sencillo que les estamos atendiendo, con un cafecito, con un pancito y unas frutas. Les pido que nos ayuden para que no nos haga falta, que tengamos salud y trabajo para seguir celebrando Todos Santos. Para que el otro año también no haga falta” (comunicación personal, Santa Catarina Yosonotú, noviembre de 2012). En seguida se enciende el incensario para sahumar los alimentos y la mesa. Del otro lado, en la cocina, las mujeres preparan tamales para ponerlos en el altar y convidar a las personas que las visitan. Basta resaltar que los dueños de más de una casa deben ofrendar, de manera “sencilla”, en cada una de ellas. Se tiene la creencia de que las almas de los difuntos acuden a todos los hogares en que vivieron. En el actual sitio de residencia se monta el altar principal. En los otros se deja un par de veladoras, flores y fruta.

Cuando llega la hora de la comida se colocan los platos con el preparado para los muertos. De nuevo se ahúma la mesa con copal. En la tarde se vuelven a colocar las bebidas: refresco, cerveza, pulque, acompañadas con chayotes, calabazas, elotes y tamales. Así transcurre el 31 de octubre. El festejo sigue su curso durante la mañana del 1° de noviembre, cuando se prepara el desayuno: café, pan y tamales. Al mediodía se recoge la fruta, la comida y el agua. Se acomodan en trastes pequeños (ollas, jarros, tenates, etcétera) a medida que el alma de los niños los aguante. Todo ello se pone bajo de la mesa. Según la creencia, cuando el alma de los muertos regresa a su mundo va cargada de los alimentos, bebidas y objetos que sus familiares le ofrendaron a su regreso.

Había una persona que no creía en hacer la festividad de Todos Santos y se fue a un viaje. Entonces tuvo un sueño y fue encontrando a muchos de sus conocidos que ya habían muerto. Los veía que platicaban. Estaban contentos. Iban bien vestidos, las mujeres con sus tenates nuevos, no sólo uno sino dos o tres, donde llevan los totopos, frutas, alimentos y quién sabe qué más iba adentro. Los señores con sus ayates, también abultados de cosas, expidiendo el humo de sus cigarros; otros con la botella en la mano, saboreando y compartiendo un trago que les pusieron en la mesa del altar de sus casas. Cuando en eso la persona que tuvo el sueño vio pasar a sus padres: iban todos con el semblante triste, su ropa ya usada y muy acabada; sólo llevaban un tenate viejo y vacío. Desde entonces esta tradición se repite generación tras generación. Por eso la fiesta de Todos Santos se mantiene: porque las almas ¡sí vienen! (Andrés Cruz, Santa Catarina Yosonotú, noviembre de 2011).

A las dos de la tarde del 1º de noviembre llegan las ánimas mayores. Antes de su retorno, se arregla el altar. Se arroja una copa de aguardiente en la entrada de la puerta principal para compartir con la tierra y se le ofrece a los muertos. Se les pide permiso para que la culminación de la celebración sea exitosa.⁴ En seguida, frente al altar, se dicen algunas palabras: "Ánimas, si es que llegaron, disculpen, reciban una tortilla y una comida, también una copa de licor. Es lo que pudimos hacer. Pídanle a Dios que nos dé salud y trabajo, para que en la casa no haga falta y podamos recibirlos al otro año" (comunicación personal, Santa Catarina Yosonotú, noviembre de 2012).

Minutos después se ponen platos con mole y caldo de res o de chivo. Se coloca fruta, refresco, cerveza, pulque o tepache; jabón (se cree que el cuerpo pierde su materialidad, pero no el aspecto que tenía en vida; de ahí el jabón: para que el alma del difunto se bañe y lave su ropa; cigarros y cerillos; agua, sal y un tenate con tortillas calientes. Se prenden las veladoras. Al incensario se le pone brasa y se ahúma el altar. Entonces se tira una cerveza, un refresco o pulque a un costado de la puerta principal. Se hace lo mismo con el altar. Los familiares que se encuentran en la casa toman una cerveza o una jícara de pulque. Hay familias que arreglan un petate nuevo, lo doblan en cuatro partes y lo amarran con un mecate. En él ponen cañas y cohetes. El envoltorio simboliza el equipaje que los muertos se llevarán al día siguiente.

⁴ Los mixtecos entablan una relación recíproca con el mundo natural. La tierra les da sustento y a ella deben su existencia. Se cree que en los cerros, ríos, ojos de agua o lugares deshabitados vive Tóovaha, apelativo mixteco que se refiere a la fuerza de la naturaleza que atrapa el alma de quien irrumpe lo sagrado. Tóovaha, también conocido como "san Cristóbal" y "san Cristina", es una entidad andrógina que adquiere la forma de un hombre o una mujer que resguarda la naturaleza. Por ello se arroja un poco de aguardiente antes de poner el altar de los difuntos, pues se le debe pedir permiso a la tierra.

Si el que ya partió tenía ahijados, sobrinos o nietos, éstos visitan el 1º de noviembre la casa del difunto para dejarle una veladora. Allí se invita a los ahijados a comer y a que tomen lo que haya en el altar. Al mediodía se acerca la hora de ir al panteón. En las casas se recoge lo que se puso en el altar. Se juntan la cera, la ceniza y los restos del incensario para llevarlos al panteón y tirarlos sobre la cruz del sepulcro de los muertos. Se lleva un tenate con flores, veladoras, cerillos, aguardiente, agua bendita, fruta, tamales y tortillas. Antes de llegar al panteón se visita la iglesia del pueblo. Desde los últimos días de octubre hasta el 1º de noviembre las campanas de la iglesia no dejan de sonar: día y noche anuncian la llegada de los muertos. Al llegar al templo se prenden las veladoras, según el número de familiares muertos. Allí, frente a la imagen de santa Catarina Mártir, se dejan fruta, tamales y tortillas. Al finalizar la misa los mixtecos se dirigen al panteón.

En las orillas del sepulcro se arroja un poco de pulque, cerveza o refresco, para pedirle permiso a la tierra y seguir con la ofrenda ritual. Después se acompaña a los muertos y a la tierra mientras se toma una bebida. Sobre la tumba se colocan piedras y flores, de manera que dibujan un semicírculo. En su interior se ponen veladoras. Eso se hace a la altura de la cabeza del difunto. Cuando no hay tumba de concreto, con una pala y un pico se afloja la tierra y se pone encima de ella para que abulte. Esta actividad se realiza en los féretros de otros familiares en caso de que no haya quién las arregle. Si éste no es el caso sólo se enciende una veladora y se tira a los lados un poco de aguardiente. Algunos recitan unas palabras, le piden a los muertos por que haya salud y trabajo para seguirlos festejando año tras año. También se despiden de ellos. Les dicen: “Ya me voy a la casa. Luego vengo a visitarlo otra vez” (comunicación personal, Santa Catarina Yosonotú, noviembre de 2012).

Cuando parece que el acto ritual llegó a la etapa culminante, el festejo apenas comienza. En la convivencia que se da en el panteón se invita a comer a los compadres o a las personas con que se pretende entablar este lazo. Es común que la invitación venga de uno o más compadres. Cuando eso sucede se le da preferencia a quien llegó primero. En el mismo acto se ofrecen a los hijos para llevarlos a bautizar, a realizar su primera comunión o la confirmación. Una vez pactado el compadrazgo o que ya se efectuó, los padrinos recogen de su altar un poco de fruta y pan para llevárselo a los ahijados. Al llegar, tras saludar a los presentes,

[...] pasan cada uno de los acompañantes del compadre al altar, donde se persignan y besan la mesa. Después, con mucho respeto y calma, le dan a la comadre la fruta para que la reparta a los ahijados. Cuando el compadre se sienta, luego le dan algún licor, con el cual se pide

permiso a su compadre y se dirige a la mesa del altar y dice unas palabras: “Disculpe, compadre, comadre, no se enojen, porque así es la costumbre. Vine por invitación de mi compadre a convivir un momento, para compartir la tortilla y un trago”. Terminando, tira un poco [de cerveza o mezcal] en las patas de la mesa y en los marcos de la puerta de la entrada [para compartir con la tierra]. En seguida le reponen su bebida y pide para todos los que puedan tomar, para compartir un trago (Andrés Cruz, Santa Catarina Yosonotú, noviembre de 2011).

Después de platicar y tomar un poco se sirve la comida. Se comienza con los invitados y los compadres (por lo regular la mayor ración se les da a éstos). Tras atenderlos se continúa sirviendo por el lado derecho de las personas, a las que se les atendió primero. Según las creencias mixtecas, el lado derecho del cuerpo es el que alude a la luz, la iluminación y la verdad. De ahí que los platillos se sirvan con la mano derecha y se entreguen por el mismo lado: la mano derecha se encarga de otorgar la ofrenda o la comida, pues es la sección del cuerpo con mayor utilidad; el lado de la abundancia, del préstamo o el más accesible para realizar un servicio.

Durante el convivio con los compadres, ellos son el punto de referencia para empezar a servir. En el accionar cotidiano, el altar de la casa se convierte en el punto central. De no existir ese espacio, entonces donde se sientan los abuelos es el lugar que se toma como punto de partida (López, 2001: 292-293). El convivio entre compadres sigue su curso para después acudir a las casas de las otras personas que los invitaron. También se da el caso de que los compadres estipulen una hora para que vayan por ellos a la primera casa que se decidió visitar. Entonces se inicia la *viko kuchaku* o “fiesta de los vivos”, que culmina con un baile que excede las altas horas de la noche.

V

Para cerrar este escrito basta decir que el eje descriptivo giró sobre una serie de datos etnográficos, cada uno derivado de las interpretaciones simbólicas gestadas en torno a un ciclo ceremonial, auspiciado por los vivos y sustentado por los muertos. Las señales, los reencuentros y las ofrendas rituales dibujan a la muerte como lo inevitable de la vida. Son los tópicos que anuncian lo esperado: el fin de la corporalidad y la trascendencia del espíritu. Dicho de otra manera, constituyen las directrices que intentan hallar la explicación de una fragmentación individual que transita en mundos conexos: el de los vivos y el construido por éstos, es decir, el mundo de los muertos. Ambos espacios ejemplifican la complejidad que la muerte provoca en la existencia humana.

Bibliografía

- BARABAS, Alicia, Miguel Alberto BARTOLOMÉ, María del Carmen CASTILLO CISNEROS *et al.*, “La danza del viento y de la lluvia. Un ritual agrario en la Mixteca Alta de Oaxaca”, en A. BARABAS y M. A. BARTOLOMÉ (coords.), *Dinámicas culturales. Religiones y migración en Oaxaca*, México, INAH-Conaculta/Gobierno del Estado de Oaxaca/Fundación Alfredo Harp Helú, 2010.
- DAHLGREN, Barbro, “Religión y vida intelectual”, en *La Mixteca: su cultura e historia prehispánicas*, México, IIA-UNAM, 1990.
- FAGETTI, Antonella, “El cuerpo sutil. Consustancialidad y ‘contagio’ entre el cuerpo humano, las partes que lo conforman y los objetos que lo rodean”, en Patricia FOURNIER, Saúl MILLÁN y María Eugenia OLAVARRÍA (coords.), *Antropología y simbolismo*, México, UAM/Programa de Mejoramiento del Profesorado-ENAH-INAH-Conaculta, 2007.
- _____, “Ya vienen las almas. El simbolismo de la muerte y sus rituales entre campesinos náhuatl”, en *Mitológicas* (Argentina), vol. XIV, 1999.
- LÉVI-STRAUSS, Claude, *Antropología estructural*, Barcelona, Paidós, 1995.
- LÓPEZ GARCÍA, Ubaldo, “El tiempo y la cosmovisión de *Ñuu Savi*”, en Nelly M. ROBLES GARCÍA (ed.), *Procesos de cambio y conceptualización del tiempo. Memoria de la Primera Mesa Redonda de Monte Albán*, México, INAH-Conaculta, 2001.
- OLAVARRÍA, María Eugenia, “Horizontes del cuerpo yoeme”, en P. FOURNIER, S. MILLÁN y M. E. OLAVARRÍA, (coords.), *Antropología y simbolismo*, México, UAM/Programa de Mejoramiento del Profesorado-ENAH-INAH-Conaculta, 2007.
- SCHEFFLER, Lilian, “Ofrendas y calaveras. La celebración de los Días de Muertos en el México actual”, en *Arqueología Mexicana. La muerte en el México prehispánico*, vol. VII, núm. 40, 1999.